

última y mas importante evolucion en la política de Enrique II, que se desenvolvía de una manera tan especial. Para vencer la resistencia del episcopado alemán se necesitaba, por decirlo así, una ancha base, enfrente de la cual perdiera importancia y se ofreciera menos peligroso el mismo carácter nacional-eclesiástico de los acuerdos del sínodo de Seligenstadt. Enrique procuró adquirirla uniendo sus esfuerzos á los que fuera de Alemania se hacían, y se alió con la Iglesia borgoñona y con la francesa para asegurar, por medio de una acción comun, el triunfo de los partidarios de las reformas en las tres Iglesias.

Enrique sostenía, hacia años, relaciones con Borgoña, reino que él consideraba como semi-sujeto á su soberanía. Ya en 1007 había firmado con el rey Rodolfo III, que no tenía hijos y era tío suyo por ser hermano de su madre Gisela, un tratado de sucesión, en virtud del cual, despues de la muerte de Rodolfo la Borgoña debía pasar á poder suyo, adquisición de gran importancia para mejorar las relaciones con la Alta Italia. Mas adelante Rodolfo III aprovechó las dificultades con que Enrique tenía que luchar en Oriente para apartarse en lo posible de las obligaciones contraídas: la nobleza del país combatía la soberanía alemana, que la amenazaba, y tomó pretexto del tratado de sucesión para hostilizar al débil monarca, el cual, en su consecuencia, decidió abdicar (1016) dando, en Estrasburgo, la Borgoña en feudo á Enrique, de suerte que el gobierno del país debía estar en lo sucesivo en manos de este. Pero tal estado de cosas no sobrevivió mucho tiempo á la dieta de Estrasburgo, pues la nobleza borgoñona, á las órdenes de un descendiente de la familia de los Capetos, el ambicioso conde Oton Guillermo, se alzó en armas contra el soberano alemán, logrando rechazar un ataque que intentó Enrique. Rodolfo, al ver este triunfo conseguido por el partido nacional, rompió el tratado convenido, cosa que el emperador tuvo que dejar por el momento sin castigo. Pronto, empero, el débil borgoñon le pidió nuevamente auxilio contra otras rebeliones, y tuvo que renovar, en la primavera del año 1018, en Maguncia, el tratado de Estrasburgo, para volver á romperlo al poco tiempo. Tampoco en esta ocasión pudo Enrique castigarle como merecía; pues continuaba todavía la pequeña guerra de fronteras, con la cual se aumentaron los desórdenes en el exterior de Borgoña, y el deseo de restablecer la paz fué ganando cada día mayor terreno. Por esto el clero borgoñon procuró, á lo que parece, cuidar de la paz por todos los medios eclesiásticos, entrando así en la senda que diez años despues condujo á la proclamación formal de la paz de Dios. El clero borgoñon, en el cual dominaba el espíritu de Clugny, se vió por tanto unido con Enrique II por motivos políticos y religiosos. También en Francia se dejaba sentir una corriente análoga, y desde la elevación de Gauzoin, hijo natural de Hugo Capeto y hermano natural del rey Roberto, á la sede arzobispal de Reims, pareció decidida la victoria de las severas tendencias cluniacenses en punto á la Iglesia francesa. Por esto, según parece, se alió Enrique II entonces con Francia, pues enfrente de los esfuerzos que en pro de la Iglesia nacional hacía Aribó de Maguncia, la acción comun del imperio, de la Borgoña y de Francia podía inclinar la balanza decididamente en su favor. En la confluencia del Chiers y del Mosa, entre Ivois y Mouzon, se celebró en agosto del año 1023, y con gran fausto, la entrevista de ambos soberanos. Inmediatamente se habló de una acción comun para restablecer un estado de paz que comprendiera á los dos reinos vecinos y de la convocación de un concilio nacional en Pavia que llevara á cabo la reforma eclesiástica. De esta suerte, en apoyo de los esfuerzos que en pro de la paz hacían los obispos borgoñones y de las tentativas á que

en igual sentido se entregaban los franceses en la diócesis de Gauzoin de Reims, surgió el proyecto eclesiástico-político de una alianza de paz internacional que, con auxilio de la Iglesia que se reformase en Pavia con arreglo á las doctrinas de Clugny, había de ampliarse hasta llegar á una paz universal. Estos propósitos se dirigían contra el episcopado alemán y constituían una fuerte censura de la conducta de Aribó de Maguncia. Así el proyecto de paz universal produjo en seguida gran descontento en el imperio, ya que los planes de Enrique y de Benedicto VIII eran incompatibles con los acuerdos del sínodo de Seligenstadt. Toda la indignación de la curia se dirigía contra estos y contra su generador espiritual, Aribó de Maguncia, á quien Benedicto desposeyó del palio, mandando formarle un proceso para lograr su destitución. El amenazado se hizo entonces mas audaz en su resistencia, y el día de la Ascension del año 1024 convocó á los obispos alemanes para un concilio nacional que debía celebrarse en Hochst. No faltó allí ninguno de sus sufragáneos, pero aquella asamblea no pudo denominarse concilio nacional, porque en ella no tuvieron representación, á pesar de todos los esfuerzos hechos por Aribó, ni Colonia, ni Tréveris. Esto no obstante, redactóse en Hochst una protesta contra las demasías de Roma, concebida en palabras mesuradas pero expresivas. Aun cuando de su texto solo parecía deducirse que se trataba entre Roma y Maguncia del asunto de Irmengarda de Hammerstein, discutíanse en ella todas las cuestiones de la época, y se mantenían formal y dignamente los derechos de la Iglesia alemana enfrente de las pretensiones de Roma. La conducta que el papa había seguido con Aribó era tan inaudita que el seguirla, por los mismos motivos, con el último sacerdote, debía traer como consecuencia la destrucción de todo orden dentro del estado eclesiástico. La declaración terminaba con una excitación en la que se decía que el papa, teniendo en cuenta su propia dignidad, y despues de madura reflexión, debía derogar lo que impremeditadamente había ordenado y prescindir de ulteriores medidas contra Aribó, que siempre había blandido su espada en pro de la justicia y á quien la ambición no había hecho todavía cometer ninguna iniquidad.

No se puede admitir que estas frases contuvieran una censura contra el papa, cuyo celo reformista tan poco en armonía estaba con su conducta personal; sin embargo, con esto quedó marcado de un modo preciso el conflicto entre Roma y Maguncia, y la Iglesia alemana se dispuso á hacer frente á grandes tempestades. En efecto, aun cuando el emperador consiguió atraer á su causa, que era la de la curia, á Pelegrin de Colonia, no era de esperar que Aribó ni su compacto partido cedieran; si el emperador quería hacer prevalecer su voluntad, era preciso que adoptara enérgicas medidas políticas y eclesiásticas, y que estaba decidido á adoptarlas era cosa tan clara como el espíritu que había de informarlas. Lo que tuvo que sufrir la abadía imperial de San Maximino de Tréveris por haber su abad tomado parte en el sínodo de Seligenstadt, y la confiscación de 6,000 fanegas de tierra, cuyos productos servían para que la abadía pudiera atender á sus obligaciones y á los servicios debidos al imperio, que desde entonces le fueron dispensados, daban á comprender lo que acontecería con los que fuesen reos de la misma culpa. En cuanto su poder se lo permitía, puso Enrique á la Iglesia alemana en la alternativa de perder los bienes que en el imperio poseía ó de someterse á la voluntad del emperador y de Benedicto VIII.

Pero la muerte, como antes en el conflicto entre Silvestre II y Willegis, impidió que se llegara á una solución extrema. Benedicto VIII falleció el día 7 de abril del año 1024, es decir, antes de la dieta episcopal de Hochst, y como el

pontificado había llegado á ser patrimonio de los poderosos condes de Túsculo, sucedióle su hermano Romano, que hasta entonces había sido senador y que tomó el nombre de Juan XIX. Este papa, que siempre se había ocupado en asuntos temporales, se formó de su nuevo cargo un concepto completamente temporal y no manifestó interés alguno por las grandes reformas que había concebido su hermano. Ya no se habló mas de la gran asamblea eclesiástica de Pavia y con ella vinieron al suelo los proyectos de Enrique II, el cual vió aplazada indefinidamente la realización de sus ideales, que tan próxima había creído. Bajo esta impresión agravóse la enfermedad que hacia años había contraído. Enfermizo y descorazonado salió de Bamberg, dirigiéndose de nuevo á Sajonia; pasó la Pascua en Magdeburgo, celebró la

de Pentecostés en el palacio de Grona, junto á Gotinga, y allí falleció en 13 de julio del año 1024, despues de un reinado de veintitres años, á los cincuenta y dos de edad, siendo enterrado en su fundación favorita, la catedral de Bamberg. La misma tumba recibió en 1033 los restos mortales de su esposa Cunegunda, que desaparecieron en el incendio que en 1081 convirtió en ruinas la primitiva catedral. En el nuevo y magnífico templo que luego se construyó, — una de las mejores obras de estilo románico de la arquitectura alemana, — construyóse á principios del siglo XVI un hermoso sarcófago de mármol en conmemoración de los dos reales esposos, canonizados por la Iglesia y declarados patronos de la catedral de Bamberg. En él se muestran á los posteriores siglos las idealizadas imágenes de Enrique y de Cunegunda.

LIBRO TERCERO

EL IMPERIO HEREDITARIO SÁLICO Y LA REVOLUCION JERÁRQUICO-ARISTOCRÁTICA DURANTE LA LUCHA DE LAS INVESTIDURAS

(1024-1125)

CAPITULO PRIMERO

FUNDACION DEL IMPERIO HEREDITARIO SÁLICO

(1024-1039)

El reinado de Enrique II había terminado con una terrible disonancia: el devoto emperador, á quien la leyenda representa como un débil y humilde servidor de la Iglesia y á quien esta otorgó los honores de santo, se enredó con el episcopado alemán en un conflicto que conmóvó profundamente los cimientos de su situación. La mezcla particular de poder pontificio y laico propia del imperio neo-romano, fué causa, tanto por su naturaleza como por su origen, de que la política de Enrique, antes tan sensata y tan moderada bajo el punto de vista práctico, entrara en una senda en la cual se encontró en contradicción consigo misma, al querer transformar con arreglo á las doctrinas cluniacenses al episcopado alemán, que había conseguido un poder de príncipe. La muerte del celoso reformista Benedicto VIII libró á aquellos obispos de un peligro inminente, y la del emperador les permitía asegurarse para lo porvenir contra una política que tenían que combatir. Estos puntos de vista motivaron la conducta que observó la mayoría de los obispos alemanes cuando se trató de nombrar al sucesor del trono. La Iglesia alemana había permanecido completamente ajena al gran movimiento que desde Clugny invadía la Iglesia, y que comenzaba á reformarla interiormente, mediante la propagación del ascetismo y de las tendencias místicas; pero á la sazón hizo mas: bajo la impresión de la funesta experiencia hecha durante los reinados de Oton III y de Enrique II, se mostró completamente hostil á las referidas tendencias. Los obispos alemanes, dirigidos por Aribó de Maguncia, el adalid de la Iglesia alemana contra las innovaciones jerárquicas, y por Burkhardo de Worms, se encargaron

de la nueva elección régia para evitar la victoria del partido eclesiástico, es decir, la elección de un rey afecto á las doctrinas cluniacenses.

Nada sabemos positivamente acerca de las negociaciones que precedieron á la dieta electoral: la crítica moderna ha demostrado cuán insostenible es la historia del acto trascendental de la elección, que la tradición nos explica de un modo muy concreto y propio para impresionar el espíritu del pueblo (1): solo nos es dado conocer algunos rasgos generales. Es muy probable que durante los debates que precedieron á una elección por la cual se trataba de entronizar una nueva familia y de ponerla, por tanto en posesión de un importante privilegio, se hablara de varias personas; pero pronto quedaron estas reducidas á dos, recomendadas ambas por su parentesco con la extinguida casa sajona, pues á los ojos del pueblo, desde el momento en que tres veces había sucedido el hijo al padre y en que á falta de tal sucesión se había elegido al pariente colateral mas próximo, era indiscutible el privilegio que dicha familia tenía sobre todas las demás. Esta tendencia hácia la monarquía hereditaria, unida á los motivos político-eclesiásticos que impulsaban al episcopado alemán, redujo la cuestión de sucesión al trono á dos candidaturas, las de dos descendientes de la línea femenina de los Ludolfingos. De los cuatro hijos que tuvo Oton, hijo de Conrado el Rojo y de Liutgarda, hija de Oton I, dos habían abrazado la carrera eclesiástica: Bruno, á quien hemos visto ocupar la sede pontificia con el nombre de Gregorio V (2), y Guillermo, el mas jóven, que fué despues (1029) obispo de Estrasburgo. De los otros dos que quedaron en el siglo, Enrique, el mayor, había heredado el rico patrimonio que su abuelo Conrado había conservado

(1) Véase H. Bresslau: *Anuario del imperio alemán durante el reinado de Conrado II*, dos tomos, Leipzig, 1879-84.

(2) Véase mas arriba.

en los distritos de Nahe y de Nied, en Worms y en Espira, además del ducado de Carintia, que su padre había poseído desde el año 995. Enrique murió antes que su padre dejando un hijo, Conrado, á quien su abuelo solo había asignado una parte de los territorios del Rhin, concediendo, en cambio, la mayor parte de sus dominios, incluso el ducado de Lorena, á su hijo menor Conrado. Ya se comprenderá que Conrado, hijo de Enrique, perjudicado en sus derechos hereditarios en provecho de la línea menor, no se llevaría bien con su pariente; además tuvo en Burkhardo, obispo de Worms, un protector paternal aunque no del todo desinteresado. Burkhardo vió en aquel jóven, á quien propiamente pertenecía el rico patrimonio de los duques de Worms, si no un instrumento, por lo menos un aliado con cuyo auxilio podría en lo sucesivo defenderse mejor de sus molestos vecinos y librar á su diócesis de los ataques que estos gustaban tanto de dirigirle. Conrado, instruido por Burkhardo y puesto enfrente de sus parientes como un pretendiente que algun día había de hacer valer sus derechos, tuvo la fortuna de que se anulara en su favor el testamento de su abuelo. Desde edad muy temprana se mostró hombre enérgico, independiente, confiado casi exclusivamente en sus propias fuerzas, austero, rudo, desconsiderado, acostumbrado á lograr una ventaja donde quiera que se presentara la ocasion, sin elevadas miras espirituales, dotado de un corazón frío y de una inteligencia clara, completamente insensible á la corriente religiosa de aquella época, poco ó nada inclinado á la devocion, nada diplomático, pero hombre de Estado dotado de gran comprension, fuerte, práctico y militar por naturaleza. Se había adiestrado en distintas luchas, y en sus esfuerzos para obtener el reconocimiento de sus derechos como jefe de la línea primogénita había hecho fracasar repetidas veces los trabajos de Enrique II en favor de la paz. En Lorena luchó contra el duque Godofredo y luego prestó lealmente auxilio á sus primos de Carintia, que defendían su ducado contra los ataques de Adalberdo de Eppenstein. Algo mas hizo aun para atraerse la cólera de Enrique II. En 1016 contrajo un brillante casamiento, tomando por esposa á Gisela, viuda del duque Ernesto I de Suabia y tutora de su hijo Ernesto II, mujer hermosa, ambiciosa y dotada de gran inteligencia, que muy pronto adquirió sobre él poderosa influencia y le apoyó con energía y con fortuna en sus esfuerzos para conquistar el poder. Pero este matrimonio, que podía ser combatido bajo el punto de vista eclesiástico, por el parentesco que entre los cónyuges existía, excitó la indignacion de Enrique II y de sus piadosos consejeros y fué causa de que Gisela perdiese el gobierno-tutela de Suabia. Conrado se reconcilió posteriormente con Enrique II, pero no tomó parte alguna en su sistema político-religioso y siempre pudo ser considerado mas como enemigo que como apoyo de aquel sistema. Esto era precisamente lo que á la sazón le recomendaba como candidato al trono y lo que indujo á sus antiguos protectores, Burkhardo de Worms y Aribido de Maguncia, á trabajar para que fuera él quien sucediera al último sajón. Existía, sin embargo, una corriente contraria, cuyos representantes tenían tambien en cuenta las tendencias del pueblo alemán hácia una sucesion hereditaria. El candidato de estos era el primo de Conrado, hijo del otro Conrado, que por disposicion de su abuelo había suplantado al hijo del hermano mayor en la rica herencia de los duques de Worms. Este candidato era un noble, de nombre no claro, pero que se llama *Wipo*. Las doctrinas de Enrique II y era el protector de los cluniacenses. Por eso los representantes de este partido fueron los que mas trabajaron por su entronizacion, estando al frente de ellos los obispos lorenenses, adictos á la reforma, y los du-

ques de la Baja y de la Alta Lorena, atraídos á su causa, y entre los cuales trabajaba en pro del pretendiente la madre de este, hermana de Gisela. Tambien figuraba en este partido Pelegrin de Colonia, que desde su alejamiento del sínodo de Seligenstadt podía considerarse como adversario de Aribido de Maguncia y como adalid de las doctrinas romano-eclesiásticas.

La division en la Iglesia engendrada por el gobierno de Enrique II amenazaba ser funesta para el imperio aun bajo el punto de vista político. Por otro lado, los personajes mas elevados hacían nobles esfuerzos para que la eleccion fuese unánime y para evitar que el imperio se viera ensangrentado por una nueva guerra de sucesion. Bajo este punto de vista fué notable la conducta de los sajones, que en una dieta celebrada en Warla acordaron esperar el resultado de la eleccion y considerar la decision que pudiera recaer de la misma manera que, con gran ventaja para ellos, la habían considerado cuando el cambio ocurrido en el trono en 1002. Casi dos meses habían trascurrido desde la muerte de Enrique II cuando los magnates laicos y eclesiásticos de ambos partidos se reunieron en la llanura del Rhin, junto á Camba y delante de Oppenheim. Segun parece, el mayor de los dos Conrados podía entonces considerar asegurado el triunfo de su causa, pero existía el peligro de que el partido contrario debilitara los efectos de su eleccion por medio de una protesta ó negándose despues á reconocerla. Por esto Conrado entró en negociaciones con su jóven sobrino: se ignora lo que entre ellos se convino, pues lo que acerca de ello escribe un historiador cortesano de aquella época (1) es completamente gratuito y ni siquiera puede considerarse como invencion feliz expuesta con todas las galas y adornos retóricos. De lo que sucedió despues puede colegirse que el jóven Conrado renunció á sus pretensiones á la corona y aun prometió dar su voto á su competidor á cambio naturalmente de algunas ventajas que le aseguró el futuro monarca. Con esto desapareció el peligro de discordia. Aribido de Maguncia dió su voto á Conrado el mayor, y su conducta fué imitada por los demás electores eclesiásticos. Solo Pelegrin de Colonia se abstuvo de tomar parte en la eleccion y sus colegas lorenenses prefirieron tambien abandonar la ciudad de Camba. Conrado el jóven fué de los príncipes laicos el primero que dió su voto á su mas afortunado rival: lo mismo hicieron todos los magnates laicos presentes clasificados por tribus, y el resultado fué aprobado y ratificado por el júbilo del pueblo que esperaba fuera de la asamblea. La emperatriz viuda Cunegunda se apresuró á entregar á Conrado las insignias imperiales, que todavía tenia en custodia y que significaban á los ojos del pueblo la legitimidad de la soberanía.

Inmediatamente dirigiéronse todos hácia Maguncia, donde Conrado fué consagrado y coronado rey, por Aribido, en 8 de setiembre del año 1024. Este dia solemne no dejó de estar oscurecido por algunas sombras, pues Aribido se negó á coronar á Gisela, como pretendía Conrado. Bajo el punto de vista eclesiástico, no dejaba el arzobispo de tener razon, pues el matrimonio era canónicamente ilegítimo á causa del parentesco entre ambos cónyuges existente; y precisamente Aribido no podía hacer en este punto concesion alguna, por mucho que la recomendaran consideraciones políticas, por tratarse de la misma controversia que en la cuestion del conde de Hammerstein había llegado á ser de excepcional im-

(1) Wipo: *Vita Chuonradi*, c. 2.
(2) Véase mas arriba.

tirse de la corte, en cuya desgracia había caído. Lo que Aribido se había negado á hacer, lo hizo voluntariamente Pelegrin de Colonia, con lo cual logró que se olvidara la conducta que había observado durante la eleccion y se aseguró un puesto importante en el consejo del nuevo rey. De manos de Pelegrin recibió Gisela el dia 21 de setiembre en Colonia la corona real. Conrado sacó gran ventaja de este choque, pues por un lado se emancipaba hábilmente de la dependencia de los obispos á quienes debía la corona y por otro desarmaba, con Pelegrin de Colonia, la antigua oposicion que los obispos habían hecho á su soberanía. Con esto desapareció al propio tiempo en la persona del rey el antagonismo que entre los dos partidos existía en el seno de la Iglesia alemana, dejando de ser un elemento político para el desenvolvimiento del reino. Desde Colonia emprendió Conrado un viaje por el imperio para recibir el vasallaje de cada una de las provincias y tomar posesion del poder. En Lorena encontró sumisos á los obispos, mientras que los duques y los magnates laicos permanecieron alejados de la corte, aunque sin atreverse á mostrar abiertamente su descontento. Los sajones dispensaron á Conrado una acogida cordial, y los obispos se esforzaron por obtener el favor del nuevo soberano, de quien esperaban un apoyo contra las odiadas reformas romanas. Tambien rindieron vasallaje Baviera, Carintia y Franconia, y cuando el monarca llegó por fin á Suabia y convocó, en la Pascua de Pentecostés del año 1025, una dieta en Constanza, acudieron tambien allí y le prestaron homenaje los embajadores de la Lombardía, que conducidos por Ariberto, obispo de Milan, le rogaron se presentara en aquellos territorios para poner órden en un país tan desorganizado.

Pero aun cuando Conrado reunió pocas semanas despues en Tribur á los príncipes para emprender el viaje á Roma, tuvo que permanecer mucho tiempo en Alemania. En primer lugar, á fines del año 1025, se vió obligado á combatir contra los duques Federico y Gozelo de la Alta y Baja Lorena, los cuales habían llevado su oposicion hasta el punto de rebelarse, no sin verse ayudados en su empresa por el rey de Francia. Estos rebeldes contaban con aliados en el mismo imperio, siendo el principal de ellos el duque Ernesto de Suabia, hijastro del monarca. Nada sabemos de positivo acerca de los motivos que impulsaron á este á hacerse enemigo del rey: quizás le indignó desde un principio el nuevo matrimonio de su madre, que, combatido por la Iglesia, ofendía doblemente la memoria de su padre. Además, Ernesto vió que la política de Conrado echaba por tierra sus esperanzas sobre la Borgoña, pues mientras él, como hijo de Gisela y nieto de Rodulfo III, quería hacer valer sus derechos sobre la Borgoña, Conrado II formulaba por su parte pretensiones sobre la corona borgoñona fundándose, no ya en que era esposo de Gisela, sino en su carácter de heredero de Enrique II y en el tratado firmado entre este y Rodulfo. Pero tambien Conrado el jóven, contrincante del monarca cuando se trató de ocupar el trono, quería para sí aquella magnífica herencia por ser hijo de otra sobrina de Rodulfo, Matilde, hermana de Gisela y esposa de Conrado de Carintia, y tomó por lo mismo parte en la rebelion que promovió Ernesto en union de muchos condes de la Alta Alemania. Enrique II había conservado á Basilea en garantia del cumplimiento del tratado de sucesion, y á la muerte

del emperador, la había recuperado Rodulfo III. Conrado, sin embargo, no se conformó con la conquista que, al parecer, la señal del levantamiento de los descontentos. El rey, sin embargo, dominó muy pronto la rebelion, á pesar de lo cual no pudo contar con la seguridad de que durante su ausencia se conservaría el órden. Tambien era preciso ejercer gran vigilancia

en el Este y en el Norte. En Polonia, Boleslao III, despues de haber logrado el objeto de su ambicion y de haber ceñido la corona, había fallecido durante el verano del año 1025; su hijo y sucesor Miecislao siguió tambien una política hostil á Alemania y amenazó las fronteras eslavas. Conrado, para atacarle con fuerzas unidas, quiso por lo menos tener libertad de accion en el Norte, y para esto se entendió con el poderoso Canuto, rey de Dinamarca, y compró, á costa de la marca del Schleswig, por la que tanto tiempo se había luchado, una paz honrosa y duradera, que fué provechosa especialmente para el arzobispado de Hamburgo-Bremen y que abrió nuevos horizontes á las casi extinguidas misiones.

Entretanto, las repetidas y apremiantes instancias del partido alemán le llamaban á Italia. De las grandes victorias que allí había conseguido Enrique durante su última campaña, pocas habían sobrevivido á la muerte del emperador, y si el partido nacional italiano no había triunfado todavía por completo debíase especialmente á la conducta del episcopado lombardo que, sin ser partidario de la dominacion alemana, reconocía que esta era un apoyo contra la preponderancia de la nobleza laica, del cual no podía prescindirse y que era preciso á toda costa conservar. Cierto que los habitantes de Pavia, recordando el duro castigo que á su ciudad habían impuesto los guerreros de Enrique II, se levantaron en armas en cuanto tuvieron noticia de la muerte del emperador y destruyeron el palacio real; pero su conducta no tuvo imitadores. En el año 1025, algunos embajadores de Pavia intentaron en Constanza aplacar la cólera de Conrado II, pero obtuvieron de este una contestacion que daba á comprender cuán decidido estaba el nuevo soberano á restablecer en toda su plenitud los derechos del imperio. Era de esperar que la alta nobleza opondría resistencia, sobre todo los ricos y orgullosos margraves, que últimamente habían sido el principal apoyo de la monarquía de Arduino de Ivrea y que en oposicion al episcopado, unido á la sazón á la monarquía alemana, se mantenían aferrados á las tradiciones de la independencia nacional. Estos nobles, los marqueses de Turin, los Aledramidas de Acqui y Savona, los Otbertines, que tan ricos dominios poseían en Génova, Luni, Tortona, Milan, en la costa, en la Lombardía y hasta en la Emilia, los marqueses de Canossa, que desde este castillo mandaban en Módena, Reggio, Mantua, Brescia y Ferrara, y los de Tuscia, eran los principales enemigos de la soberanía alemana y esperaban sacar partido del cambio ocurrido en el trono para hacerla desaparecer por completo. El éxito de la empresa intentada por Arduino les enseñaba, sin embargo, que sus fuerzas no eran suficientes para ello; por lo cual buscaron en el extranjero el apoyo necesario para la monarquía nacional que se proyectaba. El rey de Francia no aceptó la corona que repetidas veces le fué ofrecida; Guillermo V, duque de Aquitania y conde de Poitou, hombre de avanzada edad pero que había mostrado dotes de buen soberano así en la paz como en la guerra, aliado de príncipes influyentes, aficionado al estudio y partidario de las reformas cluniacenses, aceptó, despues de varias negociaciones, no para sí sino para su hijo de su mismo nombre. Pero á pesar de la actividad del partido nacional y de que consiguió el apoyo de Roberto de Francia, no ajeno á los desórdenes que se promovían en Lorena contra Conrado II, y de Odo de Champaña, jefe del partido nacional borgoñon que combatía la sucesion del rey alemán, todos

los esfuerzos se estrellaron ante la conducta de los obispos italianos, que, dirigidos por el ilustre Ariberto de Milan, eran partidarios de la soberanía alemana, la cual por otra parte no era para Ariberto el fin, sino el medio. A la profunda mirada de este príncipe de la Iglesia, que procuraba imitar á San Ambrosio en su honor y espíritu de independencia, no se